

Un cuento de “Colombine”. (Con Toledo al fondo)

“Colombine’s” tale . (Memories from Toledo)

Rosa María Ballesteros García

Universidad de Málaga.

Recibido el 1 de septiembre de 2005.

Aceptado el 20 de marzo de 2006.

BIBLID [1134-6396(2004)11:2; 173-187]

Introducción: (Crimen... y castigo)

No le gustó el artículo al ministro, así que de la noche a la mañana me vi con una orden de traslado a Toledo...

UTRERA, 1998, 84

La cita precedente nos sirve de excusa para iniciar la introducción al presente texto que proponemos, un relato corto de Carmen de Burgos, más conocida por su seudónimo más utilizado: *Colombine*.

¡Triunfante! —título que debemos interpretar en clave irónica— se publicó en su libro *Cuentos de Colombine*, en 1908, fecha en la ella ejercía como maestra en la Normal toledana. Allí había sido facturada por la autoridad competente que no digirió el contenido de un artículo suyo de hondo contenido crítico hacia la política educativa. Que el traslado fue un castigo es opinión aceptada de forma general. Carmen, escritora y redactora, quería permanecer en Madrid, uno de los pocos oasis culturales en aquellos años. Allí escribía, tenía sus tertulias... En pocas palabras: era el medio “natural” donde desarrollar toda su intensa actividad socio-cultural.

En un artículo aparecido en un diario madrileño el padre Ferrándiz, amigo de Carmen de Burgos, denunciaba su injusto destierro:

A Carmen de Burgos la odia y la persigue cruelmente, artera e incesantemente, el neísmo, y el neísmo está en el poder y tiene un ministro de Instrucción Pública, jefe nato de *Colombine* [...] y puede, como lo ha hecho, trasladarla, ajetrearla, causarle prejuicios, llevarla a la Normal de Toledo como entregada a la voracidad de un hormiguero y a la vez avispero de

neos, charca inmunda de ranas católicas, coro de lenguas que se aguzan como las de la víbora [...] A *Colombine* se la acecha, se la espía, al atisbo del más pequeño motivo, para formarle un expediente, base de otro que le haga perder la carrera... (UTRERA, 1998, 88).

Desde 1907 hasta 1909 Carmen-*Colombine* vivió a caballo entre Toledo y Madrid alternando luces y sombras. En Madrid cultivando sus actividades más creativas. En la capital alternaba sus artículos en prensa con asistencia a tertulias literarias; colaboraba en revistas, sociedades culturales... En pocas palabras, ampliaba su horizonte intelectual. Toledo, por el contrario, se había convertido para ella en una cárcel: "Ayer recibí su carta [...] Lo esperaré el domingo en Madrid ya que esta semana he de pasarla presa en ésta [Toledo]", le escribe a su amigo Galdós (UTRERA, 1998, 102).

Ciertamente, su paso por la ciudad del Tajo sumó bastantes sinsabores a la vida de esta poco convencional profesora. Si su forma de impartir docencia dio más de un dolor de cabeza al sector más reaccionario y paco de la sociedad toledana¹. El que una mujer participara en política, o escribiera artículos defendiendo la causa obrera, fueron hechos que tuvieron que conmocionar, indiscutiblemente, a las "fuerzas vivas" de la ciudad².

Pero Carmen no se contentó con estas actividades. En su calidad de reportera de *El Heraldo* denunció ciertos negocios turbios relacionados con el patrimonio cultural: expolio de cuadros y otras obras de arte toledanas, vendidas a precio de saldo ante la indiferencia de la autoridad competente. Amante del arte, no podía quedar indiferente ante el atropello y por ello no duda en poner en evidencia los hechos. De este modo en *Los Anticuarios*, novela publicada en 1919, dedica algunos de sus capítulos al recuerdo del *affaire* a través de su protagonista Adelina; una mujer joven, casada, dedicada al negocio de las antigüedades. Por motivos profesionales el matrimonio de anticuarios recalca en "la ciudad antigua". Aquel día, escribe, "sin arredrarse por el calor, habían hecho su viaje a Toledo y al llegar a Zocodover [...] encontraron esperando al agente que tenían en la provincia". En el siguiente capítulo, *Colombine* dirige a su protagonista a un convento para negociar con las monjas la compra de ciertas antigüedades:

Al fin se cerró el trato de todo en seiscientas pesetas. Estaban todas contentas. Las monjas creían haber engañado a la anticuaria, y le ofrecieron como descargo de su conciencia, una jícara de chocolate [...] En cambio,

1. Se llegaron a escribir artículos en la prensa local censurando su visión laicista de la Ciencia.

2. Participó en actos públicos junto a Julián Besteiro, catedrático del Instituto toledano y concejal republicano en aquella ciudad.

Adelina estaba segura de haber hecho un buen negocio...(BURGOS, 1919, 61).

No cabe duda que la presencia de Carmen en Toledo no pasó inadvertida y, de este modo, la oligarquía local se encontró de pronto con un elemento desestabilizador, incómodo y difícil de manejar; para colmo una mujer: librepensadora, separada y feminista que se atrevía a desafiar, con sus ideas democráticas, a una santa paz de siglos. Más de uno debió de acordarse, no cabe duda, de los ancestros del responsable que la había trasladado a Toledo (*vid.* BALLESTEROS, 2004, a,b,c,d).

Por otro lado, parece hecho a propósito para la ocasión el viejo refrán que afirma "no hay mal que por bien no venga" y es que estas experiencias, y su aguda visión de la cotidianidad, proporcionaron a Carmen, escritora sobre todas las cosas, material más que interesante para elaborar algunas de sus novelas. Basadas en su estancia toledana publicó *¡Triunfante!*, *El honor de la familia* y *Los anticuarios*. Todas ellas tienen como denominador común el protagonismo de sus personajes femeninos y su vinculación con la sociedad toledana de principios del siglo XX (*vid.* BALLESTEROS, 2003).

El primer título citado, *¡Triunfante!*, es un relato corto, aparecido en *Cuentos de Colombine*, un libro de relatos editado en 1908 y escrito, como más arriba apuntamos, durante su obligada estancia en la capital toledana. Como en gran parte de su obra hay en este texto una gran carga autobiográfica. Como ella misma escribió, tomó la pluma "impulsada por la necesidad de crear [...] tracé esos pequeños cuadros de la vida real o esos estados del alma, solo para satisfacción de mi espíritu". Al referirse a *¡Triunfante!* afirma que en ella retrató las dudas que "torturaban" su espíritu, afirmando que la deliberada intención del texto fue combatirlas.

La acción de la novela se desarrolla íntegramente en Toledo y tiene como protagonista a una toledana: Josefina. Es una mujer joven, aunque madurada a gran velocidad por sus experiencias: una boda concertada por interés (ella pone el dinero y él los blasones) con un tipo "viejo, borracho y grosero" circunstancia ésta que, unida a la muerte prematura de sus hijos, la convertirá en una criatura desengañada e introvertida.

Frente al abandono del marido, ocupado en amantes y cacerías y, como tabla de salvación, se encierra en su casa de Toledo. Su alma apasionada, frente a las humillaciones del esposo y el dolor por la pérdida de los hijos, encuentra refugio en otra pasión menos terrenal: la oración. Hasta aquí podríamos encontrar un cierto paralelismo entre Josefina y *Colombine*. Como su protagonista, apenas salida de la pubertad, nuestra escritora conoció también los rigores de un marido borracho y mujeriego y el dolor de haber perdido varios hijos apenas nacidos (sólo le sobrevivió su hija Maruja). Sin embargo,

su respuesta vital fue diametralmente opuesta. Lejos de encerrarse, estudió y consiguió vivir de su trabajo y se separó del ingrato (pese al escándalo que este hecho produjo en la recoleta Almería). Por el contrario Josefina, su personaje literario, huérfana, y sin la tabla salvadora de los hijos, volcó su pasión en la vida contemplativa. Naturalmente, cuando encuentra de nuevo el amor, esta vez sin imposiciones, no es capaz de sobreponerse a las convenciones sociales y renuncia a seguirle. Cuando esto ocurre la autora pone en boca de Félix, el amante, el siguiente argumento: el culpable había sido “¡el peso de diecinueve siglos de cristianismo que agobiaban un espíritu!”

La transgresora Carmen, por el contrario, tras su separación, mantuvo una larga relación con un hombre casi veinte años más joven que ella. Fue musa, compañera y amante del escritor Ramón Gómez de la Serna, al que conoció hacia 1907. Al contrario que *Colombine* Josefina quedó para siempre encerrada tras los muros de su casa toledana rumiando, como escribe la autora, el triunfo de la muerte lenta:

Se arrastró hacia el oratorio y cayó de rodillas ante la Dolorosa. Allí acudieron a su mente sus rezos, sus preocupaciones, los que se la había acostumbrado a mirar como deber... y juntando las manos, exclamó como si hubiera escapado a un gran peligro: ¡Gracias, Madre mía! ¡He triunfado! (BURGOS, 1908).

Como afirma Paloma Castañeda, una de sus biógrafas, Carmen de Burgos entró en Toledo “con mal pie y salió del mismo modo [...] Lo mismo que le ocurrió con Guadalajara le pasa con la ciudad de las tres culturas, el ambiente provinciano y clerical la estrangula. No hay sitio allí para una mujer como ella”. Sin embargo, gracias a estas experiencias, podemos disfrutar de algunas de sus mejores novelas hijas, todas ellas, de su gran talento literario y de una filosofía de vida nada convencional. A *Colombine* se le puede definir como mujer polifacética aunque, quizás, es Antonina Rodrigo la que da en la diana al encuadrarla, junto a otras mujeres sobresalientes en una *elite* intelectual: “las Modernas de Madrid”. Efectivamente, fue una adelantada a su tiempo. Una mujer que luchó por los derechos de las mujeres; otra más entre aquellas “damas rojas” de principios de siglo XX, empeñadas en sacudir la conciencia adormilada por siglos de enclaustramiento.

Es bien conocida la actividad de Carmen como pedagoga que corre pareja con su obra como periodista y escritora, así como su infatigable lucha por dignificar a las de su sexo. Toda su obra esta impregnada de sensibilización y entrega a esta causa, si bien la progresión feminista, si seguimos cronológicamente sus publicaciones, se va desarrollando y haciéndose más

reivindicativa de tal modo que el feminismo "conveniente"³ que se detecta en sus primeros trabajos, como *La mujer en España*, irá evolucionando imparablemente. Como ella misma. Títulos como *La malcasada*, *La que se casó muy niña*, *La mujer moderna y sus derechos* o *La Rampa*, entre otros, son un claro ejemplo de lo expuesto. En su *Autobiografía* escribe: "Mi vida es compleja; varío de fases muchas veces; tantas que me parece haber vivido en muchas generaciones diferentes... y yo también he cambiado de ideas... de pensamientos [...] me río de la unidad del yo, porque llevo dentro muchos *yoes*..." (BURGOS, 1996, 23).

En esta línea argumental su opinión sobre el sufragio femenino en España. En 1906, durante el viaje de estudios que realiza por varios países europeos (Francia, Italia y Suiza), pensionada por el gobierno, en una de sus conferencias afirma: "Pero ahora darle [a la mujer] el derecho de voto es poner un arma peligrosa en manos de un niño"; aunque inmediatamente después matices "que no es por ser mujer, sino por ser ignorante" (BURGOS, s.a., 46). Pero, como adelantamos, este criterio lo va modificando de forma que, cuando en 1931 se consigue por fin este derecho, Carmen de Burgos, junto a Clara Campoamor, su defensora en las Cortes, son objeto de homenaje por los colectivos feministas en reconocimiento a su labor en este campo.

Carmen de Burgos Seguí había nacido, como consta en su expediente, un amanecer del día 10 de diciembre de 1867 en Rodalquilar, provincia de Almería. Era hija de José Burgos Cañizares, propietario y Vicecónsul de Portugal en Almería, y de Nicasia Seguí Nieto. Se casó muy joven, "en contra de la voluntad de su padre" (STARCEVIC, 1976, 40) a los dieciséis años con Arturo Álvarez, hijo del gobernador de Almería, instalándose en aquella capital. Allí, por primera vez, entra en contacto con el mundo gráfico⁴ publicando en el periódico satírico *Almería Bufa*. Graves e insalvables problemas conyugales y la muerte de su segundo hijo la llevaron a Madrid abandonando su Almería natal y la casa de sus padres⁵. Su compañero sentimental, Gómez de la Serna, describió esta su primera batalla, el divorcio, afirmando que lo hizo "en medio del escándalo provinciano".

En opinión de Helena Establier, una de sus biógrafas: "desbordaba idealismo: quería ser maestra, deseaba instruir a las demás mujeres e intentar paliar las deficiencias educativas que limitaban sus posibilidades" (ESTABLIER, 2000, 20). De modo que no es extraño que algunos de sus

3. Un término ajustado a posiciones liberal-conservadoras defensoras, *ma non troppo*, de ciertos derechos como la educación, pero si pretender en absoluto desvincular a la mujer del espacio privado que era el hogar y su destino como madre y educadora.

4. Su suegro era dueño de la tipografía del *Diario de Almería*.

5. Donde se había trasladado abandonando el domicilio conyugal hacia 1900.

personajes femeninos sean también maestras, como Soledad, la protagonista de una de sus novelas toledanas, *El honor de la familia*, que había intentado escapar de la rutina familiar al acceder a los estudios de magisterio (ya madura, como lo hizo *Colombine*) y no sin ciertas reticencias familiares (como nuestra maestra): “Esa niña yo no sé cómo no se vuelve loca entre tanto papelote [...] A qué tiempo hemos llegado”, leemos en uno de los pasajes.

Sin embargo, Carmen mostraba su pesimismo ante el panorama educativo al que se enfrentaba. En su *Autobiografía* confiesa, refiriéndose a su faceta de pedagoga, que ésta “sería tan insufrible como el matrimonio y el cocido si yo no la supiera adornar de azul”. Más adelante comenta: “Cuando las veo [se refiere a sus alumnas] delante de mí reflexiono en que deben amar y ser amadas, en que hace sol y ellas están encerradas en el aula sombría [...] Y las amo y quisiera gritarles: ‘Huid de esta parodia de ciencia. Sed libres’”. Pero, para llegar a ser maestra, ya casada y con hijos, Carmen había tenido que afrontar toda clase burlas y oposiciones, pero al fin lo había logrado. La aventura emprendida en 1894 había dado sus frutos y por fin, en 1901, podía decir que era económicamente independiente con su trabajo como profesora en la Normal Guadalajara⁶. En 1905 consiguió su primera beca para ampliación de Estudios en el extranjero: Francia, Italia y Suiza. Se iniciaba así un periplo viajero que la llevaría a viajar por Europa y América⁷.

En 1907 la encontramos en Madrid, donde había sido comisionada para desempeñar la Cátedra de Economía Doméstica en la Escuela de Artes e Industrias de esa ciudad. Ese mismo año es trasladada a la Escuela Normal Superior de Maestras de Toledo. Y fue allí, en la “ciudad de los Cristos”, donde nuestra maestra “sobrevivió”, como ya adelantamos, hasta 1909⁸.

Como ya adelantamos, su franca opinión iba a darle más de un dolor de cabeza. Si de su visita a Suiza elogiaba el mimo sanitario a sus escolares: “El médico inspector vigila constantemente el estado higiénico de las clases [...] la ventilación [...] el mobiliario [...] durante todo el curso se les somete a una rigurosa inspección médica [...] son individualmente examinados por

6. En 1897 obtiene el título de maestra de instrucción primaria elemental y tres años más tarde, en 1900, asciende otro peldaño con su título de maestra de instrucción primaria superior.

7. Como resultado de esta experiencia Carmen elaboró una memoria incluida en su expediente personal.

8. Sin embargo, estos dos años de sombras en Toledo tuvieron también sus luces. Allí se relacionó con Julián Besteiro, como ya indicamos, y con la esposa de éste, Dolores Cebrián, profesora de física y compañera en la Normal toledana, amistad que siempre perduró y a la que se refirió en alguno de sus artículos.

el médico inspector..." enunciaba, entre otras bendiciones, no podía abstraerse, en conciencia, de poner en evidencia las carencias de nuestro sistema educativo: "Que los niños no asistan a nuestras escuelas, tristes, lóbregas, malsanas y rutinarias [...] no hay para ellos jardines ni gimnasios [...] Aquí el Estado se preocupa poco de esto [...] Aquí no se procura que el pueblo salga de la inconsciente y entre en el baño" (UTRERA, 1988, 83-84).

Pero como apuntamos, su faceta como pedagoga siempre se vinculó con su actividad como escritora y periodista. Su producción literaria y articulista es numerosísima y abarca un amplio temario: desde belleza y economía doméstica hasta política⁹. En este campo Carmen de Burgos luchó siempre por los principios republicanos y la inserción de la mujer en la vida pública, y con este fin fundó la Cruzada de las Mujeres Españolas, en 1921, para reivindicar el sufragio y la participación social de la mujer¹⁰.

Cerebro intelectualmente inquieto, en 1908 había fundado la Alianza Hispano Israelita, publicando en su órgano de difusión la *Revista Crítica*, fundada por la escritora. Su trabajo como colaboradora lo desarrolló, entre otras, en las siguientes publicaciones: *La España Artística*, *La Educación*, *Album Ibero-Americano*, *La Correspondencia de España*, *El País*, *ABC*, *Feminal*, *La Alhambra*, *El Liberal*, *Tribuna Pedagógica*, *Por esos mundos*, *La Esfera*, *El Turbión*. Fue redactora de *El Herald* y *El Nuevo Mundo* de Madrid. Fue miembro activo de la Asociación de la Prensa y de la Sociedad de Escritores y Artistas, Ateneo, Protección de la Infancia y "otras sociedades científico literarias".

Por lo que se refiere a su conciencia feminista ésta se fue desarrollando y evolucionando progresivamente. En un principio, sus reivindicaciones se basaron fundamentalmente en la defensa del derecho a la educación, y al papel fundamental de la mujer como madre. No obstante acabaría defendiendo, con la pasión que siempre la caracterizó, el papel de las mujeres en la vida pública. Esta misma evolución puede aplicarse al tema del sufragio, pues si en un primer momento tuvo ciertas dudas respecto a la conveniencia de hacerlo extensivo a "todas" las españolas, su implicación posterior con el

9. De entre su numerosa producción citaremos algunos títulos: *Ensayos Literarios*, *La Protección y la higiene de los niños*; *Moderno tratado de labores*; *El divorcio en España*; *La mujer en España*; *Cuentos de Colombine*; *En la guerra*; *Las artes de la mujer*; *Cartas sin destinatario*; *Peregrinaciones*. Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega, Alemania, Inglaterra, Portugal; *La mujer moderna y sus derechos*.

10. En calidad de Presidenta de la citada Liga felicitó a la Junta organizadora del Congreso Feminista Portugués, celebrado en Lisboa en 1924, junto con la Juventud Universitaria Española, asociación comandada por la malagueña Victoria Kent. Para esta cuestión *vid.* BALLESTEROS, 2002. Para reclamar más acción del gobierno republicano salido de las elecciones de 1931 formó parte de la Sección Agrupación de Vanguardia Republicana, y así se lo hace saber por carta a su amiga Ana de Castro.

republicanismo y las ideas socialistas hicieron de ella una de las mayores defensoras del sufragio universal¹¹.

El día 9 de octubre de 1932 fallecía en Madrid, cuando participaba en una reunión política del Círculo Radical Socialista. El periódico madrileño *El Sol* destacaba en su necrológica que en sus últimos momentos expresó su alegría por morir republicana; su amiga y colega, Dolores Cebrián¹² así se lo comunicaba oficialmente al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Al otro lado de la frontera, la revista portuguesa *Portugal Feminino*¹³ también ofrecía su tributo a la feminista española insertando su necrológica, elaborada por su amiga Ana de Castro Osorio:

Carmen de Burgos, la gran escritora española que el 9 de octubre murió heroicamente en plena actividad de acción liberadora, es un valor mundial que todas las mujeres deben respetar, aunque no coincidan con sus creencias y no estén a la altura de su pensamiento avanzado y libre de dogmas y prejuicios sociales [...] Amaba sus ideales más que a su propia vida... Y quien sabe si su gran y heroico sacrificio quedará aún largos años desconocido e inútil para la sociedad y, principalmente, entre las mujeres, al progreso de las cuales se sacrificó (*Portugal Feminino*, 1932, 13).

Fue siempre una mujer de vanguardia, valiente y luchadora. Así vivió. Como tal murió. Así lo expresó en un sentido artículo su compañera Hildegart: “Ha muerto una republicana. Ha muerto una librepensadora”.

¡Triunfante!

...le asustaba la soledad de aquellas calles cruzadas por beatas de faldas negras y por curas que le parecían beatas [...] Veía pasar las mamás con las niñas de ojos ansiosos, pobres monas inquietas [...] Flotaba sobre toda la ciudad como un olor a pólvora...

BURGOS, 1919, 46.

11. Es bien conocida, y por ello no nos extendemos más en esta cuestión, la polémica suscitada a propósito de la conveniencia de conceder el voto a las mujeres por su supuesta vinculación al confesionario. Tanto el grupo socialista, salvo alguna excepción sonada, como los diputados de la derecha apoyaban el sufragio: los socialistas por ideología; las derechas porque pensaban que el voto femenino les beneficiaría. Los grupos republicanos, sin embargo, eran refractarios por temer que ello iba a ir en detrimento de la recién estrenada república.

12. Directora a la sazón de la Escuela Normal Central de Maestras de Madrid.

13. *Portugal Feminino* (1930-1937). Publicación dirigida a la élite femenina de Portugal. Su directora y propietaria fue Maria Amélia Teixeira.

La luz del crepúsculo empezaba á envolver la tierra en suave melancolía.

Aún guardaba el horizonte por el Oeste los colores vivos que dan á las nubes los últimos rayos del sol. Parecía quedar en el cielo una herida roja que marcaba el sitio por donde se había hundido el gran vivificador de la Naturaleza. Se veían caer las sombras sobre los regueros de luz, como si allá en lo alto fueran tendiendo un cendal gris sobre la ciudad. El cielo, cenizoso en el centro, tenía color de pizarra al Este, y por Poniente tiras rojas ó moradas iban esfumándose como jirones de un velo, y dejaban ver por sus rasgaduras profundidades de azul entre un triste color violeta.

Era el crepúsculo sombrío de Toledo, da la ciudad silenciosa y fantástica, —donde aún gime el alma árabe en las mezquitas convertidas en santuarios. Pasaba el Tajo cerca de sus muros, lentamente, mansamente, arrastrando hacia el extranjero sus aguas terrosas; hundido en su cauce, sin la arrogancia antigua, como si murmurase una elegía por el recuerdo de las ninfas que tejían coronas y telas de oro á sus riberas.

De los agujeros de las altas torres, de los muros de viejos palacios, salían bandadas de aviones y murciélagos que entrecruzaban sus vuelos en el aire.

Pasaban los primeros altos, como flechas negras, con las alas abiertas é inmóviles al parecer; volaban rectos, siempre cabeza abajo, y partían de pronto su camino en líneas quebradas y giros vertiginosos. Se abatían los murciélagos hasta dejar ver sus cabezas de aspecto humano, con sus orejillas ratoniles y la mueca burlona de sus dientecitos, batiendo las débiles alas cartilaginosas como pedazos de trapo que mueve el aire.

Aquella nube de pájaros tenía mucho de fatídico; en medio de la sombra plomiza del crepúsculo, del silencio triste de la vieja ciudad y del panorama desnudo de la vega dormida á la margen del anémico río. Poco á poco las sombras se dejaron caer sobre la tierra, se ocultaron los pájaros en las torres de las iglesias y en los agujeros de los muros viejos. Sonido de campanas que doblaban á muerto, recordando á los que fueron con su toque de ánimas, se extendió por toda la ciudad. Al gemido de unas torres contestaron otras, y en aquella evocación de los espíritus, triste como cristiana, la vieja población lloró su pasado esplendor árabe y visigodo.

Se habían ido retirando los escasos paseantes de la vega y el Miradero, triste paseo polvoriento, especie de patio de la ciudad, donde se cruzaban las gentes con cara de aburridas. Allí se encontraban todas las tardes los mismos paseantes: tal ó cual profesor ó jefe de la Academia; algún marido morigerado que daba á la misma hora el paseo higiénico con su costilla colgada al brazo y las nodrizas o niñeras delante; jovencitas melancólicas sin saber moverse dentro de los vestidos de calle; muchachos que jugaban enredándose ente las piernas de los transeúntes y multitud de curas y canó-

nigos grasientos con sus faldas negras y sus sombreros de teja, parecidos á gigantescos murciélagos escapados también de los agujeros de viejas iglesias, que iban á extender sus alas fatídicas como siniestras aves de rapiña en las encrucijadas de la triste ciudad.

Pasaron los coches que venían de la estación con su alegre cascabeleo. Aquellos armatostes alimentaban la vida de Toledo con la afluencia de los forasteros que aun creen la leyenda de su belleza, y que después de estar un día regresan desilusionados, cansados y maltrechos, prometiendo no volver más á ser víctimas de guías y hosteleros, en aquella ciudad incómoda, donde el pueblo es tan católico, que no existe ninguna casa de baños.

Fueron cerrándose, á poco de obscurecer, las puertas de las casas; no tardaron en imitarlas los comercios; disminuyó el número de luces, y en el silencio apenas interrumpido de las estrechas callejuelas, se dejó oír á intervalos de quince minutos la voz gangosa y soñolienta de los serenos, condenados á ser, además de guardas, relojes y barómetros, para atestiguar su vigilancia á los descuidados vecinos.

—¡Ave María... Puríísiimaaa... las doooceee y cuaaartoo y nublaaadooo!

El que así gritaba era el sereno de la plaza de Zocodover, antiguo veterano, que tenía alojado una bala en la garganta: el proyectil subía y bajaba, dando á su canto un especial gorgorito que recordaba los tormentos de la asfixia.

Otros serenos repetían á lo lejos igual voz... Como si hubiera sido una señal, se oyó el apagado eco del crujido de una ventana que se abría, y una cabeza de mujer morena asomó entre los cristales. Respondieron al leve rumor de la ventana unos recatados pasos. Cerróse de nuevo la reja, y una puerta se abrió. Un momento después, la mujer de cabecita morena y el hombre de los pasos recatados se estrechan ansiosamente las manos en la sombra.

La casa estaba oscura y silenciosa, cerradas las puertas y balcones que daban al patio morisco: sólo por las vidrieras de una habitación del piso bajo se escapaba la débil luz de una lamparilla de aceite, encendida ante la imagen de la Dolorosa.

Tendíase sobre la montera de cristales del patio el velo de tinieblas del cielo, y sólo la débil luz del oratorio alumbraba el grupo.

Ella era pequeña, morena, pálida, de ojos y cabellos negros, y él, alto, robusto, ancho de hombros y de pies y manos delicadas. La cabeza grande, un poco plana, estaba cubierta por cabellos rizados, que caían, ensortijándose, sobre una frente ancha y despejada. Los ojos, rasgados y dulces, se entornaban siempre como por el hábito de la observación de reflexiones profundas; la nariz aguileña, la boca de sonrisa franca y la barba de un rubio oscuro [*sic*], daban á la vez dulzura y fuerza á sus líneas. Era una

de esas fisonomías que parecen irradiar luz, y á cuya vista el corazón se ensancha sin temor á doblez ni engaño.

Rodeó á la mujercita entre sus brazos, y murmuró con pasión:

—¡Gracias; gracias, por esta confianza!

Temblaba ella como tortolilla asustada.

—He alejado á todos los de la casa —dijo—; estoy sola y tiemblo al pensar si alguien se enterara de esta locura... Pero yo, Félix, necesitar verte siquiera una vez sin testigos... decirte adiós sin ocultar mi amargura; llorar sobre tu pecho...

—¿Llorar? ¿decirme adiós? ¡Estás loca, Josefina! ¿Por qué? Nos amamos, comprendemos que la vida es imposible separados. ¿Á qué sacrificar la felicidad á estúpidas conveniencias?

Y con acento apasionado, le hablaba del derecho al amor y á la felicidad. De un porvenir alegre en tierras remotas, rehaciendo su vida, libres de prejuicios, en el sublime olvido de la existencia anterior; mecidos en los goces de una pasión verdadera, potente, eterna, de la que nacieron á su lado hijos graciosos y bellos como los amorcillos que jugueteaban á los pies de la Venus de mármol que se alzaba en el centro de la fuente del patio.

Le oía ella como dormida por el eco de una música armoniosa. Jamás había conocido la dicha de sentirse acariciada y protegida en la dulzura de un amor sincero. Los geranios, la albahaca y los claveles, que llenaban las macetas, la envolvían dulcemente en perfumes tan agudos como no los sintió nunca... El agua caía en la taza de mármol de la fuente, cantando una canción de amores con sus cristalino rumor, é impregnaba la atmósfera de frescura.

Huérfana al nacer, educada en un convento de monjas, no cayó sobre la frente infantil de Josefina el beso de amor que necesitan los niños tanto como el aire y la luz. Llegada apenas á la pubertad, su tutor concertó el matrimonio: un aristócrata, viejo, borracho y grosero, doró sus blasones con el dinero de la muchacha inocente y plebeya. Dos hijos nacieron de su unión: el primero murió al nacer, el otro á los dos años de edad, haciendo conocer á la madre toda la angustia de ver su carita pálida, triste, enferma, como una reconvencción de haberlo traído a la vida, como una acusación del crimen de engendrar hijos enfermos. Cayó al fin la breve existencia como flor cuyo tallo se troncha, y Josefina, débil, desalentada, se encerró en su antigua casa de Toledo, y dejó á su marido en libertad de correr tras os placeres. Sola era menos desdichada que al lado de aquel hombre que la humillaba y la maltrataba continuamente, hiriendo sin compasión su pudor y sus más delicados sentimientos. Entonces su alma buena, su alma amante, ansiosa de cariño desde la infancia, se apasionó de la religión: hallaba un consuelo en pensar en seres sobrenaturales que la comprendían y la amaban.

Hizo el oratorio de la Dolorosa al lado de su alcoba, y en su soledad de madre, se postraba á llorar á los pies de aquella otra madre dolorida.

Contribuía no poco el ambiente de Toledo, con sus calles tristes llenas de nichos y hornacinas, donde se adoran cristos y vírgenes; las leyendas, las imágenes sombrías, como el Cristo de la Sangre, en cuya faz se quebraba el último rayo de luz de la mirada de los ajusticiados, ó el Cristo de Santo Tomé, alzado en su cruz en medio de una calle pública, con el cuerpo chorreando sangre, inclinada la cabeza y balanceando al viento la sucia guedeja de cabellos, semejante á un hombre ahorcado, alrededor de cuyo cadáver revoloteaban como cuervos las negras sotanas. Ella también hizo novenas, costeó funciones religiosas, asistió á conferencias de caridad, descuidó su atavío y fue á rezar horas enteras en la catedral ante el Cristo de las Coberteras, dando golpes á los pedazos de hierro para que la imagen accediera á sus súplicas. ¿Qué rezaba y por qué rezaba? Quizás no hubiera sabido decirlo.

En este estado de ánimo conoció a Félix. Era amigo de su marido y le acompañó en uno de sus raros viajes. Félix no tardó en compadecer á aquella criatura sumisa y triste siempre, la amó por compasión, por ese sentimiento de la fuerza que desea proteger la debilidad... Ella, á su vez, sintió la dulzura de aquel amor, que la envolvía de un modo suave sin hacerle desconfiar de la amistad.

El esposo volvió á Madrid y el amigo siguió en Toledo, con el pretexto de interminables cacerías. La linda devota descuidó sus rezos, las flores de trapo de la Dolorosa se ajaron y sufrieron los ultrajes de las moscas, y las flores frescas pudrían sus tallos en el agua sin ser renovadas. De noche, cuando Josefina se postraba ante la Virgen, permanecía mucho tiempo de rodillas, pero no recordaba tristezas; no rezaba... Soñaba con un mundo nuevo de aromas y de luz.

Y era ese el mundo de que le hablaba aquella noche Félix. Se habían confesado su pasión sin propósito de hacerlo. Les subió del corazón á los labios... Ambos eran demasiado nobles y se querían demasiado para acomodarse á la traición ó al engaño. Era preciso separarse para siempre ó triunfar de preocupaciones y convencionalismos.

Félix murmuraba á su oído mil razonamientos entre frases apasionadas. ¿Acaso la bendición de un cura podía amarrar para toda la vida á una criatura leal y noble con un ser despreciable? ¿No era un engaño, un crimen, la unión de una niña inocente á un hombre enfermo, borracho, indigno? ¿Qué ley natural humana podía autorizar aquello? ¿Por qué legitimar tal absurdo en nombre de la divinidad? ¿Cómo considerar una unión monstruosa como un sacramento?

Ella le oía y le creía; la acariciaban sus palabras de esperanza y de amor. Vencida, próxima á desfallecer, inclinó la cabeza sobre el pecho...

Félix buscó su boca, y un doble beso de pasión se dejó oír en el silencio, mientras sus almas se estremecían con el poema infinito del primer beso... Una voz les despertó del éxtasis...

—¡Ave María puríísiimaaa... Las dos y media, y sereno!

Alzaron la cabeza: Brillaban estrellas en el cielo azul... El reloj de la cercana iglesia dio lentamente dos campanadas.

Josefina parecía despertar de un sueño; con movimiento brusco se apartó de su amado, echó hacia atrás el cuerpo. Sus brazos tendidos, rígidos, le rechazaron, y clavó en su rostro una mirada hostil de odio, de pavor, como si viese en él un enemigo... En sus ojos se habían condensado todos los prejuicios, supersticiones, temores y absurdos de su educación falsa y estúpidamente religiosa.

Él sintió en frío de aquella mirada y retrocedió hasta tropezar con la fuente.

—¡Vete! ¡Vete! —gimió Josefina.

Félix no protestó.

—¡Adiós! —dijo con tristeza—. ¡Veo que todo es inútil!... ¡Adiós!

Eran un sollozo sus palabras

Salió del patio de la casa sin volver la cara atrás, sin intentar darle otro beso. ¿Para qué? Sabía que era imposible luchar contra todo lo que había leído en su mirada. ¡Con el peso de diez y nueve siglos de cristianismo que agobiaban un espíritu!

Muda, inmóvil, ella le vio salir y alejarse...

Cuando el ruido de sus pasos se perdió á lo lejos, sintió que se desgarraba, que se rompía algo en el fondo de su corazón, y llamó con acento desesperado:

—¡Félix! ¡Félix!...

Nadie le contestó... Su dicha había huido...

Se arrastró hacia el oratorio y cayó de rodillas ante la Dolorosa. Allí acudieron á su mente sus rezos, sus preocupaciones, lo que se la había acostumbrado á mirar como un deber... y juntando las manos, exclamó como si hubiera escapado á un gran peligro:

—¡Gracias, Madre mía! ¡He triunfado!

Le pareció oír una risa irónica... La parte de su pensamiento liberada del obscurantismo [*sic*] por la voz de su amante, le preguntaba: "¿Has triunfado? ¿De qué?"

¡Oh! Ciertamente no había sido de prejuicios y preocupaciones, no había sido de la adversidad que la rodeaba para ser libre, feliz, amada, amante, madre... ¿Y de su amor? Tampoco lo había vencido... Su estúpido sacrifica la atormentaría siempre quando él gimiera en su alma pidiendo sus derechos...

Entonces, con la cabeza inclinada, lloró, lloró *su triunfo*, mientras chisporroteaba en el agua la luz de la lamparilla sin aceite hasta apagarse, mezclando el olor de pavesa al olor de los tallos de las plantas podridas en los jarrones.

¡Pasaron las horas!...

Resonó en la calle el alegre cascabeleo del coche de la estación...

¡Allí iría él! ¡Perdido para siempre!... El oratorio estaba envuelto en sombra; los primeros rayos de la aurora teñían de rosa el mármol de la Venus que se alzaba triunfadora entre la risueña canción del agua clara.

Josefina seguía de rodillas llorando su triunfo.

¡El triunfo de la muerte lenta!

Bibliografía y fuentes

a)

BURGOS, Carmen: *¡Triunfante!. Cuentos de Colombine*. Valencia, Fc°. Sempere y C^a Editores, 1908.

— *La Mujer en España*. Conferencia pronunciada en la Asociación de la Prensa en Roma el 28 de Abril de 1906. Valencia, F. Sempere, s.a.

— *Los anticuarios*. Madrid, Biblioteca Nueva, s.a.

— *La malcasada*. Valencia, Editorial Sempere, 1923.

— *Mis mejores cuentos*. Sevilla, Biblioteca de Cultura Andaluza. Narrativa, 1996.

BALLESTEROS, Rosa M: "Cartas a una amiga portuguesa (Carmen de Burgos a Ana de Castro Osório)". En *La Mujer* (II). Actas Congreso de Andalucía. Córdoba, 2002, pp. 21-39.

— "El krausismo y la educación femenina en España: Carmen de Burgos y Dolores Cebrián, maestras de la Normal de Toledo", *Docencia e Investigación. Revista de la Escuela Universitaria de Magisterio de Toledo*, año XXVII (enero-diciembre), 2.ª época, n.º 13, Toledo, 2003, pp. 7-38.

— "Carmen de Burgos, una mujer fuera de «orden»: Una maestra llamada *Colombine*" (I). *La Tribuna de Toledo*, 4-5-2004 (a), pp. 14-15.

— "Carmen de Burgos, una mujer fuera de «orden»: Un viaje pedagógico" (II). *La Tribuna de Toledo*, 18-5-2004 (b), pp. 14-15.

— "Carmen de Burgos, una mujer fuera de «orden»: La ciudad de los Cristos" (III). *La Tribuna de Toledo*, 1-6-2004 (c), pp. 20-21.

— "Las heroínas noveladas de *Colombine*" (IV). *La Tribuna de Toledo*, 12-10-2004 (d), pp. 14-15.

BRAVO, Blanca: *Carmen de Burgos (Colombine). Contra el silencio*. Madrid, Espasa, 2003.

CASTAÑEDA, Paloma: *Carmen de Burgos "Colombine"*. Madrid, Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid, 1994.

ESTABLIER PÉREZ, Helena: "Carmen de Burgos Seguí: *Colombine*. Historia de un compromiso". (M^a José Jiménez Tomé, coord.), Premio de divulgación feminista Carmen de Burgos (1993-2000). Málaga, AEHM, Universidad de Málaga, 2000.

MANGINI, Shirley: *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, 2001.

NAVEROS, Miguel; NAVARRETE-GALIANO, Ramón (eds.): *Carmen de Burgos. Aproximación a la obra de una escritora comprometida*. Almería, Instituto de Estudios Almerienses, Diputación de Almería, 1996.

NÚÑEZ, C.: *Carmen de Burgos, Colombine (1867-1932). Biografía y obra literaria*. Madrid, 1992.

STARCEVIC, Elizabeth: *Carmen de Burgos defensora de la mujer*. Almería, Editorial Cajal, S.L., Julio, 1976.

UTRERA, Federico: *Memorias de Colombine. La primera periodista*. Madrid, Hijos de Muley-Rubio, 1998.

b)

Archivo General de la Administración (AGA). Expediente Carmen de Burgos. CA 17477.

Biblioteca Nacional de Lisboa (BNL). Arquivo de Cultura Portuguesa Contemporânea (ACPC): *Colecção Castro Osório*, Exp. N/12.

Portugal Feminino, n.º 9, Lisboa, 1932.